



Sembradores de esperanza

Día del Seminario

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Domingo II de Cuaresma

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

16/19 de marzo de 2025



Orientaciones para la celebración del Domingo V de Cuaresma

- El domingo 16 de marzo se celebra el Día del Seminario. Se toma toda la liturgia del Domingo II de Cuaresma: se utilizan ornamentos de color morado y no se dice Gloria.
- Se hace alusión al Día del Seminario en la monición de entrada, la homilía y las preces.
- La colecta va destinada a las necesidades del seminario diocesano.
- En la plegaria eucarística se hace el embolismo propio del domingo.
- El testimonio vocacional dentro de la misa no debe ocupar el lugar de la homilía y en ningún caso sustituirla.

Orientaciones para la celebración de la solemnidad de san José, esposo de la B.V. M.

- Se utilizan ornamentos de color blanco o festivo.
- Se dice Gloria.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

Domíngo V de Cuaresma

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Alrededor de tu mesa (CLN, A 4), Atténde, Dómine (CLN, 101), Perdona a tu pueblo (CLN, 104), u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Sal 26,8-9):

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro». Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro.

O bien:

Sal 24, 6. 2. 22

Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas. Que no triunfen de nosotros nuestros enemigos; sálvanos, Dios de Israel, de todos nuestros peligros.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia y el amor de Jesucristo,
que nos llama a la conversión,
estén con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos hoy el segundo Domingo de Cuaresma, que nos introduce en el misterio de la transfiguración en lo alto del monte Tabor. Además, se celebra el día del seminario con el lema «Sembradores de esperanza».

Acompañemos al Señor a lo alto del monte de la transfiguración con el deseo de contemplar su gloria y de acoger las palabras que Dios Padre desea dirigirnos a cada uno de nosotros: «Este es mi Hijo, el elegido, escuchadlo».

Y, así, escuchando la voz del Buen Pastor, pidamos y demos gracias por nuestros sacerdotes y nuestro seminario, rogando al dueño de la mies que suscite numerosas vocaciones al sacerdocio para bien de nuestra diócesis, de su Iglesia y del mundo.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que has puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz: Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú, que padeciste por nosotros para que sigamos tus huellas: Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Tú, que, cargado con nuestros pecados, subiste al leño para que nosotros, muertos al pecado, vivamos en la justicia: Señor, ten piedad.

R̄. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

R̄. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el acto penitencial, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

*Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.
Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:*

OH, Dios,
que nos has mandado escuchar a tu Hijo amado,
alimenta nuestro espíritu con tu palabra;
para que, con mirada limpia,
contemplemos gozosos la gloria de tu rostro.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La primera lectura pertenece al libro del Génesis y nos presenta la vocación de Abrahán, padre de la fe, a quien Dios promete bendecir por su fidelidad. Esta vocación genérica es propia de todo cristiano y, como señala san Pablo en la segunda lectura, consiste en la llamada del Señor a llevar una vida santa, como verdaderos ciudadanos del cielo ya aquí en la tierra.

El relato de la transfiguración, por su parte, que escucharemos en el Evangelio, nos invita a contemplar y acoger la gloria de Cristo, el Hijo amado, para escuchar su palabra y dejarnos transformar interiormente por él.

Escuchemos con atención.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

Para la homilía con niños, recomendamos acudir a la historia de don Ramón, recogida en el folleto de catequesis para niños.

— Como cada Cuaresma, en este domingo la liturgia pone ante nosotros el episodio de la transfiguración. Es anuncio del misterio de muerte y vida, del camino que Jesús va a recorrer, del camino que nos ofrece también a nosotros. Este episodio sintetiza bien qué es y para qué es la Cuaresma, pero también qué es para qué es toda la vida. Cada uno de los elementos de la liturgia de hoy (oraciones, prefacio y lecturas) lo reflejan: «La pasión es el camino de la resurrección» (Prefacio).

— Cristo, nos ha amado hasta el extremo y se ha ofrecido en sacrificio al Padre como víctima de propiciación por nuestros pecados. Así, «se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna» (Heb 5, 9). «Según la fe cristiana, la “redención”, la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la

salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino» (*Spe salvi*, 1).

— Hoy el Señor por medio de su Iglesia nos recuerda cuál es nuestra meta: el cielo; nos recuerda que estamos hechos para la gloria. Y este es un destino tan alto que hace que podamos soportar todas las piedras con las que nos vamos encontrando a lo largo del camino; es más, es tan grande que las justifica. Esto es lo que aparece en todas las lecturas: Dios promete a Abrahán una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo llamada a heredar la tierra que él de dará, pero el camino hasta la meta pasa por la esclavitud y la opresión; san Pablo asegura a los de Filipo que el Señor «transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso», pero la condición indispensable para que Dios pueda realizarlo es no andar como enemigos de la cruz de Cristo; respecto al evangelio, el pasaje que leemos este domingo se enmarca entre el primer y el segundo anuncio de la pasión, pero es que además es particularmente significativo que mientras Jesús manifiesta su gloria, Moisés y Elías hablan de su éxodo que iba a consumar en Jerusalén.

— La Iglesia, que es Madre, no oculta a sus hijos la dureza que entraña la vida cristiana. Pero le recuerda que por oscuras e intransitables que parezcan las cañadas de la vida, por mucho que se multipliquen los motivos para desanimarse, por mucho que tantas veces nos sobren razones para sentirnos solos, perdidos o abandonados; «el Señor es mi luz y mi salvación» y que la gloria que el Padre hace resplandecer en Jesús en lo alto del Tabor, es la misma que ha pensado para cada uno de nosotros, de quienes también dice: «Este es mi hijo, el elegido». Esto es el Evangelio. Es nuestra esperanza.

— Esta buena noticia no solo hace posible tolerar las contrariedades y complicaciones, sino que enamora y cautiva hasta el punto de embarcar a quien la descubre en un género de vida que ya no busca ahorrarse complicaciones sino amar sin medida, aunque eso le suponga ser más vulnerable y por tanto sufrir más. Aunque parezca que esto está reservado a unos pocos, este es el auténtico sentido de la vida: darla para poder ganarla (y quien hace lo contrario, la pierde).

— Por eso un chico que entra al seminario hoy es un grito al mundo que parece haber perdido el sentido de la vida. Es un recuerdo a todos de que hay algo más, Alguien más. Es un signo de esperanza, y sembrador de esa esperanza en la que hemos sido salvados. Hoy es un día para tomar conciencia de que necesitamos sacerdotes santos y de que ellos necesitan de todo el pueblo de Dios. Es un día para comprometerse a ayudar y a pedir por las vocaciones, los seminaristas y los sacerdotes. Los necesitamos.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Proclamemos ahora nuestra fe en Dios uno y trino, el Dios que nos libera del pecado y nos salva.

Credo niceno-constantinopolitano

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, sobre todo en el tiempo de Cuaresma y en el tiempo de Pascua, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos confiadamente al Señor, nuestro Dios, que vela siempre con amor por su pueblo, presentémosle nuestras necesidades y pidámosle también que nos envíe pastores según su corazón diciendo:

R̄. Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia, en este año jubilar, para que, contemplando el glorioso rostro de Cristo transfigurado, sea signo y fuente de esperanza para el mundo. Oremos. R̄.
2. Por el papa Francisco, por nuestro Obispo N., y por todos los sacerdotes, para que el Señor bendiga abundantemente su entrega y les conceda el don y la alegría de la fidelidad. Oremos. R̄.
3. Por cada uno de los seminaristas, formadores y directores espirituales de nuestro seminario, para que respondiendo con grandeza a la llamada de Dios, lleguen a ser sacerdotes santos con el corazón del Buen Pastor. Oremos. R̄.
4. Por el aumento de las vocaciones a la vida sacerdotal, para que los jóvenes sean capaces de escuchar la voz de Cristo y respondan con generosidad a su llamada. Oremos. R̄.
5. Por los gobernantes y por todos aquellos que ejercen algún tipo de autoridad sobre los demás, para que busquen siempre el bien de todos los hombres y se dejen iluminar por la luz del Evangelio. Oremos. R̄.

6. Por los enfermos y sus familiares, por los que han perdido el sentido de sus vidas, por todas las personas que sufren, para que encuentren la fortaleza, el consuelo y la esperanza que Dios desea darles. Oremos. *R̄.*

7. Por cada uno de nosotros, para que, viviendo con alegría y radicalidad evangélicas nuestra propia vocación, mostremos a todos los hombres que siempre merece la pena entregar la vida a Cristo, sin reservas, en la vocación concreta a la que nos llama. Oremos. *R̄.*

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ACOGE, Señor,
las súplicas que te hemos presentado y
envíanos pastores según tu corazón,
para que podamos sentir tu guía providente
y nunca nos falte el alimento de la salvación eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE LOS DONES Y A LA COLECTA

Recordamos que la colecta irá destinada a las necesidades de nuestro seminario, para que en él se formen numerosos sacerdotes con el corazón del Buen Pastor.

CANTO DURANTE LA PREPARACIÓN DE LOS DONES

Comienza el canto durante la preparación de los dones: Este pan y vino (CLN, H 4), Bendito seas, Señor (CLN, H 5) u otro canto apropiado.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Dios es fiel (CLN, 117), Beberemos la copa de Cristo (CLN, O 10), Hambre de Dios: no podemos caminar (CLN, O 13), ¿Cómo pagaré al Señor? (CLN, O 21), u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**TE damos gracias, Señor,
porque, al participar en estos gloriosos misterios,
nos haces recibir, ya en este mundo,
los bienes eternos del cielo.**

Junta las manos.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**DIRIGE continuamente, Señor,
los corazones de tus fieles
y concede esta gracia a tus siervos,
de modo que, permaneciendo en tu amor y cercanía,
cumplan plenamente tus mandamientos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.**

R̄. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R̄. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**Glorificad a Dios con vuestra vida.
Podéis ir en paz.**

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Alrededor de tu mesa (CLN, A 4) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Lc 12, 42):

Este es el administrador fiel y prudente a quien el Señor puso al frente de su servidumbre.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que dirige nuestros corazones
para que amemos a Dios,
esté con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos hoy la solemnidad de san José que, con su vida oculta en Dios, nos enseña a confiar siempre en los planes divinos que nos desbordan. Él es custodio de la Iglesia, el modelo de

paternidad de todo padre de familia, patrón de los seminarios y de los seminaristas y ejemplo en el momento de la muerte. Él es el justo José, esposo de la bienaventurada Virgen María.

A él nos encomendamos en esta celebración, rogándole que cuide de nuestras familias y que ayude a muchos jóvenes a seguir la llamada de Dios a una entrega total por medio del sacerdocio.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que nos has hecho renacer por el agua y el Espíritu: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que enviaste al Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres el autor de la salvación eterna: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que tu Iglesia conserve siempre y lleve a su plenitud
los primeros misterios de la salvación humana
que confiaste a la fiel custodia de san José.**

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La primera lectura nos presenta la promesa hecha al rey David: uno de sus descendientes se dirigirá a Dios como «padre» y su reino durará para siempre. El hombre justo, como Abrahán, es aquel capaz de esperar el cumplimiento de las promesas divinas «contra toda esperanza», como afirma la segunda lectura. Una esperanza que no depende del hombre sino de la fidelidad de Dios y que hay que aprender a acoger con la confianza y la diligencia de san José.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

Tomamos como base las palabras de Benedicto XVI, el 19 de marzo de 2009, en su viaje apostólico a Camerún y Angola:

— San José es el hombre justo que confía y espera en Dios. El ángel le había dicho: «No tengas reparo en llevarte a María, tu mujer» (Mt 1, 20); y es exactamente lo que hizo: una fidelidad diligente, callada, llena de amor a Dios.

— La primera lectura no habla explícitamente de san José, pero nos enseña muchas cosas acerca de él. El profeta Natán se acerca a David, por orden del Señor mismo, para decirle: «Estableceré después de ti a un descendiente tuyo» (2 Sam 7, 12). David tiene que aceptar morir sin ver la realización de la promesa que se cumplirá «cuando haya llegado al término de su vida» y descanse «con sus padres». Así, vemos como uno de los deseos más queridos del hombre, el de ser testigo de la fecundidad de su actuación, no siempre es escuchado por Dios. Decía el papa Benedicto XVI, en uno de sus viajes apostólicos:

Pienso en aquellos de vosotros que son padres y madres de familia: tienen muy legítimamente el deseo de dar lo mejor de sí mismos a sus hijos y quieren verlos triunfar verdaderamente. Sin embargo, no hay

que equivocarse en ese triunfo: lo que Dios pide a David, es que confíe en él. David no verá a su sucesor, «cuyo trono durará por siempre» (2 Sam 7, 16), porque este sucesor anunciado veladamente en la profecía es Jesús. David confía en Dios. Igualmente, José confía en Dios cuando escucha al mensajero, al ángel, que le dice: «José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo» (Mt 1, 20). En la historia, José es el hombre que ha dado a Dios la mayor prueba de confianza, incluso ante un anuncio tan sorprendente.

— San José revela el misterio de la paternidad de Dios sobre Cristo y sobre cada uno de nosotros. Él puede enseñarles el secreto de su propia paternidad, él, que custodió al Hijo del hombre. También cada padre recibe de Dios a sus hijos, creados a imagen y a semejanza de él. San José fue el esposo de María. A cada padre de familia se le confía igualmente, mediante su propia esposa, el misterio de la mujer. Como san José, queridos padres de familia, respetad y amad a vuestra esposa, y guiad a vuestros hijos hacia Dios, hacia donde deben ir (cf. Lc 2, 49), con amor y con vuestra presencia responsable. Solo Dios podía dar a san José la fuerza para confiar en aquel ángel. Solo Dios os dará, queridos hermanos, la fuerza para educar a vuestra familia como él quiere. Pedídselo. A Dios le gusta que se le pida lo que quiere dar. Pedidle la gracia de un amor verdadero y cada vez más fiel a vuestros hijos y a vuestras esposas, a imagen de su propio amor.

— Desarraigados y frágiles, y frecuentemente, por desgracia, sin un verdadero trabajo, los miembros de las jóvenes generaciones buscan remedios a su malvivir refugiándose en paraísos efímeros y artificiales importados, que sabemos no consiguen nunca asegurar al hombre una felicidad profunda y duradera. ¿Se trata de un fatalismo, de una evolución inevitable? Ciertamente no. Más que nunca hemos de «esperar contra toda esperanza», como nos sugiere san Pablo en la segunda lectura. La humanidad está hoy invitada a modificar su mirada y su corazón. No tengáis miedo de creer, de esperar y de amar, no tengáis miedo de decir a Jesús que es el camino, la verdad y la vida.

— «Esperando contra toda esperanza» ¿no es una magnífica definición del cristiano? Todos nosotros somos miembros de los pueblos que Dios ha dado como descendencia a Abrahán. Cada uno de nosotros ha sido pensado, querido y amado por Dios. Todos y cada uno de nosotros tenemos nuestro papel en el plan de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si os asalta el desánimo, pensad en la fe de san José; si os invade la inquietud, pensad en la esperanza de san José, descendiente de Abrahán; si la desgana o el odio os embarga, pensad en el amor de José, que fue el primer hombre que descubrió el rostro humano de Dios en la persona del Niño. Bendigamos a Cristo por haberse hecho tan cercano a nosotros y démosle gracias por habernos dado a san José como ejemplo y modelo de amor a él y de amor a María.

— Como José, no tengamos reparo en llevarnos a María con nosotros, es decir: no tengamos reparo en amar a la Iglesia. María, madre de la Iglesia, os enseñará a seguir a sus pastores, a amar a vuestros obispos, a vuestros sacerdotes, a vuestros diáconos y vuestros catequistas, a cumplir lo que os enseñan y a rezar por sus intenciones. Los que estáis casados, mirad el amor de José a María y a Jesús; los que os preparáis al matrimonio, respetad a vuestro futuro cónyuge como hizo José; los que os habéis consagrado a Dios en el celibato, pensad en la enseñanza de la Iglesia nuestra madre: «La virginidad y el celibato por el reino de Dios no solo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la alianza de Dios con su pueblo» (*Redemptoris custos*, 20).

— Finalmente, me dirijo a vosotros, jóvenes: ante las dificultades de la vida, sed valientes. Vuestra vida tiene un valor infinito a los ojos de Dios. Dejaos cautivar por Cristo, entregadle gustosamente vuestro amor y, ¿por qué no?, ofrecedle vuestra propia vida en el sacerdocio o la vida consagrada. Es el servicio más grande.

Que Dios os bendiga y os guarde a todos. Que os conceda la gracia de ir hacia él con fidelidad. Que dé a vuestras vidas la estabilidad, para alcanzar el fruto que él espera de vosotros. Que os haga testigos de su amor. Que os haga gustar, con san José, la alegría de pertenecerle, ahora y para siempre.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Proclamemos ahora nuestra fe en Dios uno y trino, el Dios que nos libera del pecado y nos salva.

Credo niceno-constantinopolitano

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, sobre todo en el tiempo de Cuaresma y en el tiempo de Pascua, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Pidamos al Señor que nos conceda a todos vivir siempre atentos a la luz de su Palabra y que, por intercesión de san José, nos ayude a tener sacerdotes según el corazón de Dios.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por el papa Francisco y por nuestro obispo N., para que los bendigas con tu gracia y le concedas tu Espíritu de discernimiento y de guía. Roguemos al Señor.
2. Por todos los sacerdotes, para que les concedas el don de la fidelidad y la alegría de entregarse por completo a ti en el desarrollo diario de su ministerio. Roguemos al Señor.
3. Por todos los gobernantes, para busquen siempre el bien de todos los hombres y sepan ser dóciles a la acción de Dios en sus vidas, como san José. Roguemos al Señor.
4. Por los padres de familia, para que, siguiendo el ejemplo de san José, sean buenos padres y esposos, busquen siempre con diligencia la voluntad de Dios y sean capaces de mostrar a sus familias el camino hacia la vida eterna. Roguemos al Señor.
5. Por todos los seminaristas, para que, siendo dóciles a la acción del Espíritu Santo, aprendan a ser servidores de la alegría y la esperanza que Dios desea traer al mundo. Roguemos al Señor.
6. Por nosotros, llamados a vivir a la luz de la fe, para que, contemplando el ejemplo humilde y alegre de san José, vivamos el gozo de una vida escondida en Dios. Roguemos al Señor.
7. Por todos nuestros familiares y amigos difuntos, para que disfruten ya de la felicidad de la vida eterna contemplando el rostro de Cristo. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS, Padre bueno,
que encomendaste a san José
el cuidado de Jesús y de María;
haz que siga cuidando de tu familia en la tierra
para que lleguemos a heredar tus promesas.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE LOS DONES Y A LA COLECTA

Te ofrecemos, Señor, el pan y el vino, para que los transformes en tu Cuerpo y tu Sangre derramados por nosotros. Te pedimos que a estos dones unamos la entrega de nuestras vidas siguiendo el ejemplo paternal de san José.

CANTO DURANTE LA PREPARACIÓN DE LOS DONES

Comienza el canto durante la preparación de los dones: Este pan y vino (CLN, H 4), Bendito seas, Señor (CLN, H 5) u otro canto apropiado.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Dios es fiel (CLN, 117), Una espiga (CLN, O 17), Acerquémonos todos al altar (CLN, O 24), Donde hay caridad (CLN, O 26), u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DEFIENDE, Señor,
con tu protección continua a tu familia,
alegre por la solemnidad de san José,
y, al saciarla con el alimento de este altar,
conserva con bondad tus dones en ella.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

R̄. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, gloria y felicidad de los santos,
que os ha concedido celebrar hoy esta solemnidad de san José,
os otorgue sus bendiciones eternas.**

Rx. Amén.

**Que por intercesión de san José os veáis libres de todo mal,
y, alentados por el ejemplo de su vida,
perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.**

Rx. Amén.

**Y que Dios os conceda reuniros con los santos
en la felicidad del reino,
donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos
entre los moradores de la Jerusalén celeste.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**La alegría del Señor sea nuestra fuerza.
Podéis ir en paz.**

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española